
PRÓLOGO A LAS EDICIONES EN FRANCÉS Y PORTUGUÉS

Centroamérica y especialmente América del Sur fueron regiones de experimentación de la idea de unión de Estados. Varios tratados firmados entre Estados soberanos implementaron estructuras que tenían por objeto instituir, sobre una base que excede en gran medida la antigua noción de *alianza*, lazos fundados en la permanencia, en objetivos ambiciosos e instituciones.

Existe, entre todas esas uniones o intentos de unión, mucha diversidad, tanto desde el punto de vista de la extensión geográfica como de la intensidad de los vínculos creados entre los participantes.

Los “americanos latinos”, por lo tanto, no debieron necesitar inspirarse en Europa.

Pero, como ellos mismos confiesan, esas uniones no alcanzaron sus objetivos.

Como resalta Deisy Ventura, la unión de Estados representada por las Comunidades Europeas, insertas ahora en la Unión Europea, constituye en nuestros días el único ejemplo de una integración “exitosa”.

En realidad, habría mucho para discutir sobre esa noción de *éxito*, ya que los europeos son, actualmente, los primeros en subrayar todos los defectos de la Unión, así como su carácter de objeto a perfeccionar.

Sin embargo, desde la perspectiva de la relatividad, el éxito es incuestionable. Éxito político, en primer lugar, del cual son testimonios la atenuación del nacionalismo y la sustitución de luchas seculares por el diálogo y la cooperación. Éxito económico, en segundo lugar, pues se constituye lentamente un verdadero espacio fundado sobre instrumentos comunes —de los cuales el euro es la ilustración más evidente—, sobre la armonización y hasta en ciertos casos sobre la uniformidad

de reglas. Éxito jurídico finalmente, ya que funciona, no obstante su complejidad, una estructura institucional eminentemente original que supo utilizar con éxito un cierto número de técnicas de naturaleza “federal”.

Consecuentemente, no sorprende que en Latinoamérica la integración europea sea habitualmente presentada, principalmente por los intelectuales, como el modelo en el cual debería inspirarse el Mercosur, que es su más reciente unión de Estados y, por lo que aparenta, la más promisoría.

Deisy Ventura parece inscribirse en esta orientación.

Ella demuestra, efectivamente, en diversas partes de su obra, que el Mercosur está demasiado por debajo del nivel de integración alcanzado por la Unión Europea y que debería, tal vez, tomarla más como ejemplo.

Así, la autora recuerda que las obligaciones impuestas a los Estados miembros por los tratados constitutivos son mucho más tenues que las contenidas en los tratados constitutivos de la Unión Europea. En el primer caso, la preocupación por respetar la “soberanía” del Estado conduce, con excesiva frecuencia, al principio de que nada puede ser llevado a cabo a menos que todos los Estados miembros manifiesten su consentimiento; en el segundo, la toma de decisiones por unanimidad tiende a ser cada vez más una excepción. En el Mercosur las técnicas de solución de controversias permanecen marcadas por el derecho internacional público; en la Comunidad Europea una inspiración federal permitió a la Corte de Justicia fundar una notable teoría de integración jurídica.

Pero el mérito de la obra de Deisy Ventura reside también en su percepción del “principio de la realidad”.

En efecto, tomando la noción de asimetría como un hilo conductor, la autora muestra que sería completamente artificial comparar fenómenos que se sitúan en contextos diferentes.

Ciertamente, existen simetrías entre el Mercosur y la Unión Europea.

La más fundamental de todas reside en la voluntad de los fundadores de crear un conjunto que no sea apenas una zona de libre comercio. Es sabido que las Comunidades Europeas fueron construidas, de hecho y de derecho al mismo tiempo, sobre la adopción del libre comercio y su propia superación, a través de la unión de Estados y pueblos. La simetría no debe ser tan enfatizada, pues en el Mercosur, al menos hasta el presente, el objetivo de instituir un gran espacio económico ocupó

un lugar aún mayor que en la Unión Europea, tal vez porque todavía está lejos de ser alcanzado. Sin embargo, podría ser vista nuevamente una simetría en el hecho de que existe una tentación en todos los Estados americanos de unirse a la gran zona creada por iniciativa de los Estados Unidos, de la misma manera que en Europa se denuncia periódicamente el peligro de ver a la Unión transformada en una simple zona de libre comercio, en el caso de que ella no insista en el proceso de “profundización” de la integración.

Pero hay entre estos dos bloques profundas asimetrías.

La primera se basa en la historia. Europa terminó sacando provecho —¡pero después de cuánto tiempo!— de sus conflictos, mientras que en Latinoamérica éstos no alcanzaron la intensidad suficiente —si es posible decirlo así— para provocar la reflexión y la reacción de defensa. Esto explica en parte que en Europa, los Estados —y especialmente aquellos que fueron enemigos durante décadas— hayan manifestado una voluntad tan fuerte de unión.

La segunda es geopolítica. En efecto, aunque los Estados miembros de la Unión Europea son muy diferentes unos de otros, el Mercosur, a pesar de la unidad o proximidad de lenguas de los países miembros, reposa probablemente sobre una base estatal más heterogénea que la Unión Europea, al menos tal como se presenta hoy.

Finalmente, no debemos olvidar que la construcción europea sólo puede ser llevada a cabo porque los Estados que hoy la componen disfrutaron, a pesar de muchas dificultades, de una estabilidad fundada sobre principios democráticos y sobre el aumento constante —a largo plazo— del nivel de vida. Sin embargo, lo mismo no ocurrió del otro lado del Atlántico, como mostró la reciente crisis económica argentina, que será tal vez un *test* de la solidez del Mercosur.

La asimetría de ambas estructuras no es entonces fruto de la casualidad o, en lo que concierne al Mercosur, de una ambición modesta.

Ciertamente, en el caso de este último podemos preguntarnos cuál habría sido el resultado de un mayor voluntarismo institucional: tal vez, mayor eficacia y más resultados; pero también el riesgo de la desintegración en razón del injerto de obligaciones excesivas sobre una realidad rebelde.

De todos modos, no se puede negar que el fracaso de otras tentativas de Unión, *a priori* más ambiciosas, conduciría naturalmente el proceso en dirección a la prudencia y al pragmatismo.

El recurso a la noción de asimetría también permitió a Deisy Ventura tratar la cuestión de las relaciones entre la Unión Europea y el Mercosur, objeto de la segunda parte de esta obra, que se mostraba indispensable para conferirle un carácter exhaustivo.

Efectivamente, como señala la autora: “Si el Mercosur constituye la clave para mejorar las relaciones entre Europa y el continente americano, la Unión representa mucho más que eso para el Mercosur”.

Existe en ese punto, entonces, una nueva asimetría. Puede decirse que fue la toma de conciencia de que ella existe lo que condujo a la Unión Europea a hacer, si bien muy lentamente, de las relaciones con el Mercosur un eje privilegiado de sus relaciones exteriores.

La tesis de Deisy Ventura alcanzó tal nivel de excelencia, que la mesa examinadora, por unanimidad, deseó que fuese publicada debido a que la autora asoció al menos dos cualidades esenciales.

En primer lugar —y se trata del cimiento sobre el cual se erige cualquier tesis—, tiene una preocupación por el método y un escrúpulo científico que hacen que la documentación sea notable y que los análisis sean precisos y fundados en la búsqueda de la objetividad.

En segundo lugar, ella posee una cultura particularmente filosófica e histórica, que le permite ir mucho más allá de la comparación estática de los dos sistemas.

En consecuencia, podemos estar felices con el hecho de que una universitaria latinoamericana, especialista del Mercosur, no solamente traiga a los europeos tantas enseñanzas sobre esta unión aún poco conocida de este lado del Atlántico, sino que además dé pruebas de un conocimiento tan profundo sobre la integración europea.

PHILIPPE MANIN
Profesor de la Universidad de París I
Panthéon-Sorbonne
Agosto de 2002